

CLÁSICOS
A MEDIDA



El retrato de Dorian Gray

Oscar Wilde

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

El retrato de Dorian Gray

Oscar Wilde

Adaptación de Ana Alonso

Ilustraciones de Goyo Rodríguez

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de
El retrato de Dorian Gray, existe un material con sugerencias didácticas
y actividades que está a disposición del profesorado
en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice
y notas: Ana Alonso, 2020

© De la ilustración: Goyo Rodríguez, 2020

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2020

ISBN: 978-84-698-6641-2

Depósito legal: M-152-2020

Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones
por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,
o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo
de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Introducción	5
Capítulo 1	17
Capítulo 2	31
Capítulo 3	47
Capítulo 4	59
Capítulo 5	75
Capítulo 6	87
Capítulo 7	93
Capítulo 8	105
Capítulo 9	115
Capítulo 10	121
Capítulo 11	127
Capítulo 12	135
Capítulo 13	141
Capítulo 14	149
Capítulo 15	159
Capítulo 16	165
Capítulo 17	175
Capítulo 18	183
Apéndice	189



El retrato de
Dorian Gray

Capítulo 1



Un intenso olor a rosas llenaba el estudio, y cuando la brisa veraniega agitaba el jardín se colaba a través de la puerta el denso aroma de las lilas mezclado con el perfume más delicado del espino.

Desde el diván persa donde se hallaba fumando, según su costumbre, *lord* Henry Wotton captaba los destellos color miel de las flores del laburno¹, y de vez en cuando las fantásticas sombras de los pájaros tras las cortinas de seda que cubrían la amplia ventana, produciendo un curioso efecto de sombras chinescas.

El zumbido de las abejas entre la hierba sin segar volvía aún más opresiva aquella quietud. El rumor apagado de Londres sonaba como el eco de un órgano distante.

¹ *Laburno*: árbol de bajo porte que se cultiva en parques y jardines europeos por sus vistosos racimos de flores amarillas.

En el centro de la habitación, sobre un caballete, se encontraba un retrato a tamaño natural de un joven de extraordinaria belleza, y frente a él permanecía sentado Basil Hallward, el artista cuya repentina desaparición unos años atrás había provocado tanta curiosidad pública, dando lugar a las más extrañas conjeturas.

Mientras el pintor observaba la figura encantadora del cuadro, una sonrisa de placer iluminó su cara. Pero de pronto se sobresaltó, y, cerrando los ojos, apretó los dedos sobre sus párpados, como si intentase atrapar en su cerebro un extraño sueño del que temía despertarse.

—Es tu mejor obra, Basil, lo mejor que has hecho nunca —dijo *lord* Henry lánguidamente—. El año que viene debes enviarla a Grosvenor², sin duda. La Academia es demasiado grande y demasiado vulgar. Cada vez que voy, o hay tanta gente que no puedes ver los cuadros, lo que es horrible, o hay tantos cuadros que no puedes ver a la gente, lo que es aún peor. Grosvenor es el sitio adecuado.

—No creo que lo envíe a ninguna parte —contestó él.

Lord Henry alzó las cejas y lo miró con sorpresa a través de las volutas de humo azulado de su cigarro.

—¿A ninguna parte? Mi buen amigo, pero ¿por qué? ¿Qué motivos tienes? ¡Qué raros sois los pintores! Hacéis lo que sea con tal de labraros una reputación, y cuando la tenéis, parecéis tener prisa por deshaceros de ella. Es una estupidez, porque solo hay una cosa en el mundo peor que el que hablen demasiado de ti, y es que nadie hable de ti para nada. Un retrato como este te colocaría por encima de todos los jóvenes de Inglaterra, y pro-

² Galería de arte especializada en exposiciones de los artistas más vanguardistas de finales del siglo XIX, entre ellos los prerrafaelitas.

vocaría los celos de los viejos, si es que a los viejos les queda alguna capacidad para emocionarse.

—Sé que vas a reírte de mí —replicó—, pero de verdad que no puedo exponerlo. He puesto demasiado de mí mismo en él.

Lord Henry se estiró en el sofá y se echó a reír.

—Sí, sabía que te reirías. Pero es la verdad.

—¡Demasiado de ti mismo en él! En serio, Basil, no sabía que fueras tan vanidoso. Sinceramente no encuentro ninguna semejanza entre tu rudo y enérgico rostro y este joven adonis³, que parece hecho de marfil y rosas. A ver, mi querido Basil, él es un narciso⁴, y tú... por supuesto, tienes una expresión intelectual y todo eso. Pero la belleza, la verdadera belleza, termina donde empieza esa expresión intelectual. El intelecto es en sí mismo una forma de exageración, y destruye la armonía de cualquier rostro. En cuanto uno se sienta a pensar, se vuelve todo nariz, o todo frente, o cualquier otra cosa horrible. Mira a los hombres que han tenido éxito en cualquier profesión de gente instruida. ¡Qué absolutamente feos son todos! Excepto los hombres de Iglesia. Pero claro, en la Iglesia no tienen que pensar. Un obispo continúa diciendo a los ochenta años lo que le dijeron que repitiera a los dieciocho, y por eso conservan una apariencia tan encantadora. Tu misterioso amigo, cuyo nombre no has querido revelarme, pero cuyo retrato realmente me fascina, no piensa nunca. De eso estoy seguro. Es una criatura bella y sin cerebro que debería quedarse aquí todo el invierno cuando no hay flores que mirar, y en verano cuando necesitamos refrescar nuestra inteligencia. No te hagas ilusiones, Basil: no te pareces a él en lo más mínimo.

³ *Adonis*: dios fenicio al que se representa siempre como un joven de gran belleza.

⁴ *Narciso*: personaje de la mitología griega, que se enamora de su propio reflejo y muere ahogado al intentar abrazarlo.

—No me entiendes, Harry —dijo el artista—. Claro que no me parezco a él, lo sé perfectamente. De hecho, lamentaría mucho parecerme a él. ¿Te encoges de hombros? Estoy diciendo la verdad. La fatalidad persigue a cualquiera con cierta distinción física e intelectual. Es mejor no sobresalir entre tus semejantes. Los feos y los estúpidos se llevan lo mejor de este mundo. Pueden sentarse a sus anchas y disfrutar del espectáculo. Aunque no sepan lo que es la victoria, también se ahorran la experiencia de la derrota. Viven como deberíamos vivir todos: indiferentes y sin ningún desasosiego. Ni acarrear la ruina a otras personas, ni nadie provoca la suya. Tu posición social y tu riqueza, Harry; mi inteligencia y mi arte, valga lo que valga; la belleza de Dorian Gray... Todos sufrimos a causa de los dones de los dioses. Sufrimos terriblemente.

—¿Dorian Gray? ¿Así se llama? —preguntó *lord* Henry atravesando el estudio hacia Basil Hallward.

—Sí, ese es su nombre. Aunque no pensaba revelártelo.

—¿Por qué no?

—No puedo explicarlo. Cuando alguien me gusta mucho, nunca digo su nombre a nadie. Sería como entregar una parte de él. Me gustan los secretos. Son lo único que puede hacer misteriosa o maravillosa la vida moderna. La cosa más vulgar se vuelve deliciosa cuando uno la oculta. Cuando salgo de la ciudad, por ejemplo, nunca le digo a mi gente adónde voy. Si lo hiciera, perdería toda su gracia. Puede que sea una costumbre idiota, pero añade algo de romanticismo a tu vida. Supongo que me considerarás un bobo por ello...

—En absoluto —contestó *lord* Henry—. Pareces olvidar que estoy casado, y el único encanto del matrimonio es que convierte el engaño en una necesidad por ambas partes. Yo no sé nunca dónde está mi mujer, y mi mujer nunca sabe lo que

estoy haciendo yo. Cuando coincidimos (porque de vez en cuando coincidimos en una cena o en Casa del Duque) nos contamos uno a otro las historias más absurdas con las caras más serias. Mi mujer es muy buena en eso; mucho mejor, en realidad, que yo. Nunca se confunde con las fechas, y yo siempre. Pero cuando me caza, no monta un escándalo. A veces me gustaría que lo hiciera; pero simplemente se ríe de mí.

—Por tu forma de hablar sobre tu vida de casado, Harry, creo que debes de ser un marido estupendo, y que te avergüenzas de tus propias virtudes. Eres un tipo excepcional. Todo lo que dices es inmoral, y nunca haces nada malo. Tu cinismo⁵ es una pose.

—Ser natural es una pose también, la más irritante que conozco —replicó *lord* Henry riendo; y los dos jóvenes salieron al jardín juntos para sentarse en un sofá de bambú a la sombra de un laurel. El sol se filtraba entre sus hojas brillantes, y en la hierba temblaban las margaritas.

Después de un rato, *lord* Henry sacó su reloj.

—Creo que debo irme, Basil —murmuró—, pero antes insisto en que me contestes a una pregunta que te hice hace un momento.

—¿Qué pregunta?

—Lo sabes muy bien.

—No, Harry.

—Está bien, te la repito. Quiero que me expliques por qué no quieres exponer el retrato de Dorian Gray. Quiero el verdadero motivo.

—Te lo he dicho.

⁵ *Cinismo*: actitud de una persona que adopta con descaro posiciones que se consideran inapropiadas o inmorales.

—No. Me has dicho que es porque hay demasiado de ti en él. Eso es infantil.

Basil Hallward miró a su amigo directamente a los ojos.

—Harry, todos los retratos pintados con sentimiento son retratos del artista, no del modelo. El modelo es solo un accidente, un pretexto. No es él quien se revela en la pintura, es el propio pintor. La razón de que no quiera exponer el cuadro es que temo haber mostrado en él el secreto de mi propia alma.

Lord Henry se echó a reír.

—¿Y cuál es? —preguntó.

—La verdad es que no hay mucho que contar, y creo que no lo vas a entender. A lo mejor ni siquiera me crees.

Lord Henry sonrió y arrancó una margarita del suelo.

—Seguro que lo entenderé. Y en cuanto a creer, puedo creerme cualquier cosa, siempre que sea lo suficientemente increíble.

El pintor permaneció callado un momento.

—La historia es esta —dijo finalmente—. Hace dos meses acudí a una velada en casa de *lady* Brandon. Ya sabes que los pobres artistas de vez en cuando tenemos que mostrarnos en sociedad para recordarle a la gente que no somos salvajes. Cuando llevaba unos diez minutos en la habitación, charlando con herederas excesivamente elegantes y académicos aburridísimos, sentí que alguien me estaba observando. Me di la vuelta y vi a Dorian Gray por primera vez. Cuando nuestros ojos se encontraron, palidecí. Se apoderó de mí una extraña sensación de terror. Sabía que me encontraba frente a alguien con una personalidad tan fascinante que si se lo permitía, absorbería mi esencia, mi alma, incluso mi propio arte. Nunca he querido influencias externas sobre mi vida. Tú sabes bien, Harry, lo independiente que soy. Siempre he sido mi propio jefe. Al menos



lo era, hasta que conocí a Dorian Gray. Luego..., pero no sé cómo explicártelo. Algo me dijo que me encontraba frente a una crisis en mi vida. Tuve la sensación de que el destino me reservaba exquisitas alegrías y exquisitas penas. Me asusté y salí de la habitación. No lo hice movido por mi conciencia, sino por una especie de cobardía.

—Conciencia y cobardía vienen a ser lo mismo, Basil. Conciencia es el nombre comercial del producto, eso es todo.

—No para mí, Harry, y creo que para ti tampoco. Sin embargo, y fuera cual fuera el motivo (podría haber sido también el orgullo, porque yo solía ser muy orgulloso) realmente intenté llegar hasta la puerta. Allí me tropecé con *lady* Brandon. «No irá a dejarnos tan pronto, ¿verdad, señor Hallward?», me preguntó con su voz chillona. No pude librarme de ella. Me presentó a miembros de la realeza, a individuos llenos de condecoraciones y a ancianas damas con tiaras⁶ gigantes y nariz de loro. Me hablaba como si yo fuera su mejor amigo. Yo solo la había visto una vez, pero se empeñó en exhibirme. Uno de mis cuadros había tenido bastante éxito en aquella época y había salido en los periódicos. De repente me encontré cara a cara con el joven cuya personalidad me había conmovido de un modo tan extraño. Estábamos muy cerca, casi nos tocábamos. Nuestros ojos se encontraron de nuevo. Fue una imprudencia por mi parte, pero le pedí a *lady* Brandon que me lo presentara. Quizá no fuera una imprudencia, después de todo. Sencillamente, era inevitable. Habríamos terminado hablando aunque no nos hubieran presentado. Estoy seguro. El propio Dorian me lo dijo después. Él también sintió que estábamos destinados a conocernos.

⁶ *Tiara*: diadema con forma de corona sencilla y adornada a menudo con piedras preciosas.

—¿Y cómo describió *lady* Brandon a ese joven?

—Oh, algo así como... «un muchacho encantador... Su pobre madre y yo éramos inseparables. Se me ha olvidado a qué se dedica... Me temo que a nada... Ah, sí, toca el piano. ¿O es el violín, señor Gray?» No pudimos evitar reírnos, y de ese modo fue como nos hicimos amigos.

—La risa no es una mala manera de comenzar una amistad, y desde luego es la mejor forma de terminarla —dijo el joven *lord* arrancando otra margarita.

Hallward meneó la cabeza.

—No entiendes lo que es la amistad, Harry —murmuró—. Ni la enemistad tampoco. A ti te cae bien todo el mundo. Es decir, que todo el mundo te resulta indiferente.

—¡Qué injusticia por tu parte! —exclamó *lord* Henry echándose el sombrero hacia atrás para mirar hacia las nubecillas que flotaban en el cielo—. Yo hago grandes distinciones entre la gente. Elijo amigos que tengan buen aspecto, conocidos que tengan buen carácter, y enemigos que tengan buen cerebro. Esto es especialmente importante. Nunca he tenido un enemigo tonto. Todos son hombres de cierta altura intelectual, y por ello me aprecian. ¿Te parece vanidoso por mi parte? Yo creo que sí es vanidoso.

—Yo creo que sí, Harry. Pero, según tu clasificación, yo no soy más que un conocido.

—Mi querido Basil, tú eres mucho más que un conocido.

—Y mucho menos que un amigo. ¿Una especie de hermano, supongo?

—¿Hermanos? No me interesan los hermanos. Mi hermano mayor no se muere nunca, y los más jóvenes no hacen más que morirse.

—¡Harry! —exclamó Hallward frunciendo el ceño.

—Amigo mío, no hablo en serio. Pero no puedo evitar de-

testar a mis parientes. Supongo que se debe que nadie soporta a la gente que tiene sus mismos defectos. Sigue contándome lo de Dorian Gray. ¿Lo ves a menudo?

—Todos los días. No podría ser feliz si no lo viese cada día. Me resulta imprescindible.

—¡Qué extraordinario! Pensé que nunca te importaría nada que no fuera tu arte.

—Él es todo mi arte ahora —dijo el pintor gravemente—. No es solo que lo pinte, que lo dibuje, que lo represente en bocetos. He hecho todo eso, por supuesto. Pero para mí es mucho más que un modelo. No diré que no estoy satisfecho con el retrato, o que su belleza es tal que el arte no puede expresarla. No hay nada que el arte no pueda representar, y sé que el trabajo que he hecho desde que conocí a Dorian Gray es bueno, lo mejor que he hecho en mi vida. Pero, además, de algún modo extraño, su personalidad me ha dado una perspectiva completamente nueva sobre el arte. Veo las cosas de otra manera, pienso en ellas de otra manera. Ahora soy capaz de reproducir la realidad de un modo que antes no podía. La sola presencia de ese muchacho (porque a mí me parece un muchacho, aunque en realidad tiene más de veinte años), su sola presencia... ¡Ay! No sé si puedes comprender lo que significa para mí. Inconscientemente ha definido las líneas de una nueva escuela, una escuela que contiene toda la pasión del espíritu romántico y toda la perfección del espíritu griego. La armonía de alma y cuerpo... ¡Nada menos que eso! Nosotros, como insensatos, los hemos separado, y hemos inventado un realismo vulgar y un idealismo vacío. ¡Harry! ¡Si supieras lo que es Dorian Gray para mí! ¿Te acuerdas de ese paisaje por el que Agnew me ofreció un precio altísimo pero que no quise vender? Es una de las mejores cosas que he hecho. ¿Y por qué? Porque, mientras lo

estaba pintando, tenía a Dorian Gray a mi lado. Ejerció una sutil influencia sobre mí, y por primera vez en mi vida vi en los sencillos bosques la maravilla que siempre había buscado y que siempre se me escapaba.

—¡Basil, eso es extraordinario! Tengo que ver a Dorian Gray.

Hallward se levantó y comenzó a pasear por el jardín. Después de un momento, volvió.

—Harry —dijo—. Dorian Gray para mí es sencillamente una inspiración artística. Puede que tú no veas nada en él. Yo lo veo todo. Nunca está tan presente en mi obra como cuando no me acompaña una imagen suya. Es la intuición de un nuevo estilo. Lo veo en las curvas de ciertas líneas, en el encanto y la sutileza de algunos colores. Nada más... y nada menos.

—Entonces ¿por qué no quieres exponer su retrato? —preguntó *lord* Henry.

—Porque, sin proponérmelo, he puesto en él algo de esta extraña idolatría artística de la que, por supuesto, nunca le he hablado a él. No sabe nada sobre esto. No lo sabrá nunca. Pero la gente podría adivinarlo, y no soportaría ver expuesta mi alma de esa forma ante sus indiscretas miradas. Hay demasiado de mí en esa obra, Harry. Demasiado.

—Los poetas no son tan escrupulosos como tú. Saben lo útil que resulta la pasión para lograr que te publiquen. Actualmente, un corazón roto te puede conseguir unas cuantas ediciones.

—Y los odio por ello —exclamó Hallward—. Un artista debería crear cosas bellas, pero sin poner en ellas nada de su vida. Vivimos en una época en la que los hombres tratan el arte como si tuviera que ser una especie de autobiografía. Hemos perdido el sentido abstracto de la belleza. Algún día le mostraré al mundo lo que es. Y por eso nadie verá jamás mi retrato de Dorian Gray.

—Creo que te equivocas, Basil, pero no voy a discutir contigo. Solo los que están extraviados intelectualmente discuten. Y dime, ¿te quiere mucho Dorian?

El pintor reflexionó un momento.

—Le caigo bien —contestó—. Sé que le caigo bien. Por supuesto, le halago de un modo indecoroso. Encuentro un extraño placer en decirle cosas que sé que luego me arrepentiré de haber dicho. Por regla general es encantador conmigo. Nos sentamos en el estudio y hablamos de mil cosas. Pero de vez en cuando es horriblemente desconsiderado, y parece disfrutar haciéndome sufrir. Entonces, Harry, siento que he entregado mi alma entera a alguien que la trata como si fuera una flor para el ojal de su chaqueta, un adorno para halagar su vanidad, un ornamento para un día de verano.

—Los días de verano son muy largos, Basil —murmuró *lord* Henry—. Puede que tú te canses antes que él. Es triste pensarlo, pero no cabe duda de que el genio dura más que la belleza. Eso justifica que nos tomemos tantas molestias para educarnos. En la lucha salvaje por la existencia, queremos tener algo que permanezca, y por eso llenamos nuestras mentes con datos y con hechos, con la esperanza de conservar así nuestro lugar. El hombre bien informado... ese es el ideal moderno. Y la mente de un hombre completamente bien informado es algo espantoso. Es como una tienda de baratijas, llena de monstruos y polvo, donde todo se vende a un precio superior a su valor. En cualquier caso, creo que tú te cansarás antes. Un día mirarás a tu amigo y te parecerá insulso, o no te gustará el tono de su piel, o algo. Internamente se lo reprocharás, y sentirás que te ha traicionado. La siguiente vez que lo veas, te mostrarás frío e indiferente. Será una pena, porque eso te cambiará. Lo que me has contado es un auténtico romance, un romance artístico,

podríamos decir, y lo peor de los romances de cualquier tipo es que lo vuelven a uno totalmente antirromántico.

—No me hables así, Harry. La personalidad de Dorian Gray me dominará mientras viva. Tú no puedes sentir lo que yo. Cambias demasiado a menudo.

—Ay, Basil, precisamente por eso puedo entenderlo. Los que son fieles solo entienden el lado trivial del amor. Son los infieles los que conocen las tragedias del amor.

Lord Henry encendió su mechero de plata y empezó a fumar un cigarro con aire autocomplaciente, como si hubiese resumido el universo en aquella frase. ¡Qué agradable era aquel jardín, y qué deliciosas las emociones de otras personas! Mucho más que sus ideas. El alma de uno mismo y las pasiones de sus amigos... esas eran las cosas fascinantes de la vida. Recordó con silencioso regocijo el aburrido almuerzo que se había perdido quedándose tanto rato con Basil Hallward. Si hubiera ido a casa de su tía, seguramente se habría encontrado allí con *lord* Goodbody, y la conversación habría tratado sobre cómo alimentar a los pobres y sobre la necesidad de alojamientos baratos. ¡Qué alivio haberse librado de aquello!

Al pensar en su tía, le vino una idea a la cabeza. Se volvió hacia Hallward.

—Amigo mío, acabo de acordarme —dijo.

—¿De qué, Harry?

—De dónde había oído antes el nombre de Dorian Gray.

—¿Y dónde fue?

—No te enfades, Basil. Fue en casa de mi tía, *lady* Agatha. Me dijo que había descubierto a un joven encantador que iba a ayudarla, y que su nombre era Dorian Gray. Debo señalar que nunca me dijo que fuera guapo. Las mujeres no saben apreciar la belleza. Al menos, las virtuosas. Dijo que era muy serio y que

tenía un magnífico carácter. Yo me imaginé a un tipo con gafas y pelo lacio, horriblemente pecoso y con unos pies enormes. Ojalá hubiera sabido que era tu amigo.

—Me alegro de que no lo supieses, Harry.

—¿Por qué?

—No quiero que lo conozcas.

—¿No quieres que lo conozca?

—No.

—Míster Dorian Gray está en el estudio, señor —anunció el mayordomo entrando en el jardín.

—¡Tienes que presentármelo ahora mismo! —exclamó *lord* Henry riendo.

El pintor se volvió hacia su mayordomo, que parpadeaba bajo el sol.

—Dile al señor Gray que espere, Parker. Estaré con él en un momento.

El hombre hizo una reverencia y regresó a la casa.

—Dorian Gray es mi amigo más querido —añadió mirando a *lord* Henry—. Tiene una forma de ser sencilla y hermosa. Tu tía estaba en lo cierto cuando te lo describió así. No lo echas a perder. No intentes influirle. Tu influencia sería mala. El mundo es muy grande y hay en él mucha gente maravillosa. No me quites a la persona que le da a mi arte el encanto que pueda poseer: mi vida como artista depende de él. Tenlo en cuenta, Harry, confío en ti.

—¡Qué tonterías dices! —contestó *lord* Henry sonriendo.

Y, tomando a Hallward por el brazo, casi lo arrastró hacia la casa.



Dorian Gray es un joven de una belleza extraordinaria y actitud inocente, que tras observar su retrato queda fascinado por su propia imagen. Cuando le aconsejan que aproveche al máximo esos dones, será consciente del paso del tiempo y de que tarde o temprano estos se perderán. A partir de ese momento, su actitud cambiará y se volverá hedonista, corrupto y cruel. Algo que no se reflejará en su rostro, pero sí en el retrato que guardará a buen recaudo para que su secreto no se descubra.

